

## Papeles

## Paraíso de papel

## Papeles

GALERIA A/34  
BARCELONA

Aribau, 33  
Tel. 93-451-55-79  
Hasta el 31 de  
enero

## NOÈLIA HERNÁNDEZ

*Papeles* es una de esas pequeñas grandes exposiciones que pasan fugazmente por Barcelona. La muestra reúne setenta y cinco obras maestras sobre papel, cuidadosamente seleccionadas por Paco Rebés, que ofrecen un recorrido transversal por la historia del arte del siglo XX y principios del siglo XXI. Todos los grandes nombres, internacionales y españoles, están presentes: Jean Arp, Georges Braque, Alexander Calder, Le Corbusier, Salvador Dalí, Dubuffet, Juan Gris, Paul Klee, Klimt, Andy Warhol y un largo etcétera, ofre-



'León saltando' (1936), de Óscar Domínguez, en hierro recortado y decalcomanía sobre papel

ciendo una mirada privilegiada por las principales escuelas que desvela estilos personales y curiosas coincidencias.

Entre las piezas seleccionadas hay también aportaciones de artistas menos conocidos, como el pintor Polaco Henryk Berlewi y alguna rareza, como el temprano bodegón *Mesita de noche* (1900), de Matisse, o *Castillo de naipes* (1968), de Luis Marsans. Y tampoco faltan algunas incorporaciones más recientes, como la de Frederic Amat o Kcho (Alexisa Leyva Machado), el artista más joven de los incluidos. La exposición transmite el gusto por un coleccionismo de autor, conforme al deseo de subrayar la importancia que tiene el papel en el origen de la obra de un artista. Es una magnífica degustación de sabores eclécticos. |

## Espacios

## Cartografía de la muerte voluntaria

## Paisajes del abismo

## JOAN NOGUÉ

El suicidio es la primera causa de muerte violenta en el mundo, muy por delante de las muertes ocasionadas por homicidio, por accidentes de tráfico o por conflictos bélicos. Se produce un suicidio cada cuarenta segundos y ello teniendo en cuenta que sólo llega a un desenlace fatal e irreversible un diez por ciento de los intentos de suicidio. Da escalofríos pensar en las muertes que por este motivo se producirían en un solo día por poco que aumentase este porcentaje. Desde la clásica obra *El suicidio*, de Émile Durkheim, publicada en 1897, son legión los tratados de sociólogos, psicólogos y psiquiatras que intentan descifrar y entender las causas que llevan a miles de personas a quitarse la vida cada año. Grosso modo, estas causas incluyen trastornos psiquiátricos, unos determinados rasgos de la personalidad que predisponen a esta conducta, factores psicosociales, factores bio-

Francia, el föhn en Suiza, el sharav en Israel, la tramontana en el Empordà o el poniente en Barcelona, como demostró hace poco el doctor Antoni Bullbena al constatar que el número de personas con ataques de pánico que acudían al servicio de urgencias psiquiátricas del Hospital del Mar se multiplicaba por tres los días en que soplaban el cálido viento de poniente. ¿Y cómo y hasta qué punto inciden factores tales como el estrés ambiental? No lo sabemos.

Si sabemos que los suicidios *impulsivos*, los imprevistos, son muchos menos que los que se han planeado lentamente, con tiempo y sin prisas. Este dato me parece especialmente relevante porque da pie a plantearse una pregunta que siempre me ha intrigado: ¿Se busca un determinado lugar para cometer el suicidio? ¿Hay paisajes más proclives que otros para suicidarse? Independientemente de las características físicas de estos lugares, que pueden facilitar el suicidio, ¿persigue algo más el suicida al haber escogido estos lugares? Nunca lo sabremos con certeza, pero la gran cantidad de suicidios que se dan en unos determinados lugares, en detrimento de otros que ofrecen objetivamente las mismas condiciones para que el suicidio pueda consumarse, me induce a pensar que, en efecto, en muchos casos asistimos a una especie de proceso de selección del lugar en el que nos despediremos para siempre de este mundo.

El periodista Antonio Martínez Ron, en una reciente crónica, detallaba la predilección de muchos suicidas por los puentes, mejor dicho, por unos puentes concretos: el Golden Gate de San Francisco, que ya lleva acumulados más de 1.500 suicidios, el viaducto Príncipe Eduardo de Toronto, con más de 400, o el Aurora Bridge de Seattle, con unos 300. Por no hablar del Puente del Sultán Mehmet en Estambul, del Hornsey Lane en Londres, del viaducto de Nusle en Praga o del Puente de Nankín en el río Yangtsé, donde se han suicidado más de 2.000 chinos en estos últimos cuarenta años. ¿No hay otros puentes en estas ciudades? Claro que sí, y a montones en algunas de ellas. Sin embargo, el magnetismo que desprenden algunos de estos puentes atrae hacia ellos a las personas que han decidido poner fin a sus vidas. Fue precisamente el magnetismo que emana del Gol-



En las imágenes: detalle del bosque de Pedra Tosca en Girona, monumento a Benjamin de Dani Karavan en Portbou y lluvia a través de los cristales

FOTOS PERE SALA

lógicos y genéticos y factores ambientales, estos últimos quizá los más difíciles de demostrar científicamente y, a su vez, los que más interés despiertan.

En efecto, en relación con los factores ambientales hay opiniones para todos los gustos. ¿Influye el tipo de clima? No se sabe a ciencia cierta, a pesar de que está demostrado que los cambios estacionales sí tienen una clara incidencia, puesto que en algunas zonas las cifras de suicidio se incrementan en según qué estaciones del año. ¿Y cuál es el papel del viento, quizá el factor climático que más se ha relacionado popularmente con el suicidio? Tampoco está claro, a pesar de que también parece evidente que determinados trastornos del comportamiento se agudizan cuando sopla el mistral en

den Gate lo que llevó a Eric Steel a producir en el 2006 el polémico documental *The bridge*, objeto de una interesante crónica en este mismo suplemento, el pasado mes de julio, a cargo de Álvaro Colomer. Steel muestra la sublime belleza del puente desde todos los ángulos posibles y la entremezcla con las trágicas escenas de 19 personas suicidándose, saltando al vacío. El director no quería convertir este acto fatídico en un siniestro *reality show*, sino promover un debate en torno a un fenómeno social demasiado sometido a la ley del silencio, aunque algunas voces se levantaron preguntándose si era ético grabar a suicidas que habían deambulado



por el puente durante horas antes de saltar.

Otros muchos lugares, además de los puentes, ejercen una poderosa atracción sobre las almas de los suicidas. Centenares de personas se han quitado la vida saltando sobre la lava del volcán Mihara, en Japón, y, como refiere Antonio Martínez, no muy lejos de allí, a los pies del monte Fuji, en el bosque de Aokigahara, la policía reco-



ge cada año los cuerpos de decenas de suicidas. En Sydney, The Gap, un acantilado de excepcional belleza, es lugar de peregrinaje para muchos suicidas, como lo es el paraje de Beachy Head, en la costa inglesa, donde se han suicidado más de 500 personas en los últimos años. A pequeña escala, también nosotros disponemos de nuestra particular cartografía de la muerte voluntaria. Así, la cala El Claper en Portbou, el Balcó del Me-

diterrani en Tarragona y el Salt de la Reina Mora en Siurana, entre muchos otros enclaves, han visto ya varios suicidios. En Portbou, por cierto, y a muy pocos metros del acantilado mencionado, se encuentra la tumba de Walter Benjamin, quien también se suicidó siendo muy consciente del lugar y del momento escogidos, como dejó escrito: "En una situación sin salida, no tengo otra alternativa que acabar con mi vida. Y eso será en un pequeño pueblo de los Pirineos, donde nadie me conoce...". He ahí la frontera, otro de los lugares que a menudo nos quita el aliento y que, simbólica y metafóricamente, es un lugar ideal para suicidarse, esto es, para pasar a otro estadio.

Así pues, la lista de paisajes para el suicidio es amplia y diversa e incluso podría ser objeto de una lectura de género. Sabemos, por ejemplo, que en la Catalunya rural las mujeres, a diferencia de los hombres, han escogido tradicionalmente y de manera abrumadora paisajes del agua para quitarse la vida, ríos, lagunas, balsas, albercas y pozos.

No sé si la cuestión planteada en este artículo tendrá algún día respuesta científica. La tenga o no, entiendo perfectamente las razones que pueden llevar a una persona a escoger un determinado paisaje para quitarse la vida. Decidir cuál es la última imagen, la postrera vista que uno quiere llevarse a la tumba, es un acto de libertad supremo. Jacques L. Monod, fallecido en 1974 y premio Nobel de Medicina, escribió en 1970 una obra, *El azar y la necesidad*, que suscitó una gran polémica por sus implicaciones éticas, religiosas e ideológicas, además de científicas. Sus últimas fra-

ses son lapidarias y cortan el aire, pero me han venido a la memoria al intentar imaginarme qué le habrá quedado grabado en la retina y pasado por la cabeza, en el último segundo, a quien ha decidido quitarse la vida. Dice así Monod: "El hombre sabe al fin que está solo en la inmensidad indiferente del Universo, de donde ha emergido por azar. Igual que su destino, su deber no está escrito en ninguna parte". |

## Rep El malestar de la cultura

